



La Tierra del Perro

Descripci3n

Primera entrega | El entorno de la estancia â??Rolitoâ? es de tanta belleza que resulta difÃcil pensar que la muerte ande rondando por el lugar. Annie Luna, nieta de quien fundi3 este establecimiento rural en 1927, tiene ya 70 aÃ±os, la cabellera blanca y una mirada tan suave que sosiega. Pero cuando ingresa a la cocina de la estancia, adornada con flores de colores e impregnada del dulce aroma de los sconnes reciÃn horneados, lanza al aire una frase que nos despabila: â??El sonido de las tripas saliendo de un guanaco es espantosoâ?. La magia se desangra.

Sobre un cuatriciclo destartalado de tanto uso, Annie acaba de regresar de su visita semanal al puesto mÃs lejano de la estancia, ubicado a unos 20 kilÃ3metros del casco donde estamos. â??Con el puestero recorrÃamos un potrero grande y lindo y habÃa muchos chulengos [las crÃas del guanaco] muertos. DespuÃs los vimos: habÃa como ocho perros. Un Husky blanco, dos del color de los manto negro, otro negro pelado con la cola cortita dos moros; era una mezclaâ?, enumera.

La comparsa podrÃa parecer simpÃtica; finalmente solo se trataba de un grupo de perros en medio del campo. Pero Annie cuenta que junto a su empleado se echaron de inmediato cuerpo a tierra y reptaron hacia ellos fusil en mano. El estampido nunca llegÃ porque la jaurÃa debe haberlos olido y escapÃ rÃpido. â??Nunca los tuvimos a distancia de tiroâ?, admite la anciana con visible decepci3n. No la alegraba haber podido salvar de la muerte segura a un ternero que los perros ya habÃan separado de su madre. La mortificaba no haber podido matar a ninguno de los atacantes.



Una cría de guanaco atacada por perros busca refugio entre las ovejas. Fotografía: Santiago Suárez.



Annie Luna y su hija Anita González, en estancia Rolito. Fotografía: Santiago Suárez.



[Fardos de lana de la zafra 2017. Fotografía: Santiago Suárez.](#)



[Una vista del canal de Beagle desde Ushuaia. Fotografía: Santiago Suárez](#)

Al rato caminamos junto a Annie y su hija, Anita González, rumbo a la última majada de ovejas que conserva la vieja estancia Rolito. Le quedan solo 300 de las 8.000 que se llegaron a esquila hace

veinte años. El cÃ©sped luce muy verde bajo un monte de imponentes lengas, como se llaman los robles caracterÃ­sticos de Tierra del Fuego. Las mujeres recuerdan que en este paraje se produjo una de las peores masacres: cierta noche los perros salvajes encerraron a todo un rebaÃ±o contra un cerco de enormes troncos. Al dÃ­a siguiente ellas encontraron mÃ¡s de 40 cadÃ¡veres ensangrentados, aunque con el correr de los dÃ­as fueron descubriendo que las vÃ­ctimas serÃ­an bastantes mÃ¡s. A muchas ovejas se le infectaron las heridas y enfermaron. A otras simplemente les brotaban las entraÃ±as por entre la lana blanca, debido a los agujeros abiertos por los colmillos. Otra vez las tripas. Ese sonido a muerte.

Su origen es el descuido de los habitantes de las pocas ciudades que hay en la isla

La Isla Grande de Tierra del Fuego es la regiÃ³n mÃ¡s austral del mundo colonizada por el hombre, ya que luego solo siguen unos pocos campamentos militares y cientÃ­ficos enclavados sobre el hielo de la AntÃ¡rtida. Una lÃ­nea imaginaria recta que va de norte a sur divide el lado argentino de la isla, de unos 21 mil kilÃ³metros cuadrados, del lado chileno, que tiene una superficie apenas mÃ¡s grande. El famoso estrecho de Magallanes la separa del territorio continental. En la margen sur, el canal de Beagle recibe a los grandes buques cargueros que cambian de ocÃ©ano, del PacÃ­fico al AtlÃ¡ntico o viceversa. En medio, la crÃ­a de ovejas ha sido la actividad econÃ³mica mÃ¡s tradicional desde que en 1896 un espaÃ±ol llamado JosÃ© MenÃ©ndez fundÃ³ la primera de una serie de enormes estancias. Entonces llegaban tambiÃ©n los primeros perros ovejeros. Eran amigos y colaboradores con los hombres.

Es verano, tiempo de esquila. Tiempo de aprovechar las horas de luz para hacer las cosas que luego impedirÃ¡ el crudo invierno. El viento de aquÃ­ no conoce de estaciones y siempre sopla fuerte, aunque estos dÃ­as ha callado y nos permite oÃ­r los tonos graves de cada testimonio. Nos relatan que existen perros salvajes que ya no tienen dueÃ±o, porque han nacido y se han reproducido en un entorno rural, por varias generaciones desde que se escuchÃ³ hablar por primera vez de ellos en los aÃ±os ochenta. Su origen es el descuido de los habitantes de las pocas ciudades que hay en la isla, las argentinas Ushuaia, RÃ­o Grande â??como veremos en la segunda entrega de este reportaje-- y Tolhuin, y la chilena Porvenir. Muchas de esas personas permiten a sus perros vagar libremente por las calles y salir a los campos, o directamente los abandonan ahÃ­ cuando deben viajar o salir de vacaciones.

En el establecimiento GuazÃº CuÃ©, al que llegamos despuÃ©s de transitar una hora por un desdibujado camino de tierra, nos recibe SebastiÃ¡n Cabeza. Se parece a un Indiana Jones del subdesarrollo. Como aquel personaje, calza botas de cuero, pantalones de fajina y hasta sombrero de ala ancha. Pero sobre todo destila ese orgullo de quienes no se rinden ante las peores adversidades: en la charla nos dice varias veces que de allÃ­ lo van a sacar solo con los pies para adelante. Cabeza y su familia estÃ¡n viviendo apretados en un par de habitaciones de una pequeÃ±a morada de servicio, porque un voraz incendio consumiÃ³ hace pocos meses la vieja casona de madera que era el corazÃ³n de su estancia. Dice que le duele haber perdido muchos de sus recuerdos, pero que no es ese su principal problema. â??El perro es una enfermedad terminal para la actividad ovina. Al menos con las armas que tenemos para defendernosâ?•.

En GuazÃ© CuÃ© desapareciÃ³ el 75% de las ovejas y hubo que cambiarlas por vacunos

Cabeza ha estudiado a su enemigo en profundidad e incluso lo compara con el feroz *dingo*, una subespecie de lobo que habita las planicies australianas. AquÃ© en el extremo sur de AmÃ©rica no hay lobos sino perros a los que este ganadero llama â??un lobo boboâ?•, pues matan a las ovejas no para comerlas sino para cumplir con los mandatos que les impuso la domesticaciÃ³n humana durante miles de aÃ±os. Se nota que los desprecia y los intentÃ³ frenar con todo lo que pudo: montÃ³ 16 kilÃ³metros de alambrados elÃ©ctricos y colocÃ³ trampas dentadas para zorros. Sobre una litera, en el cuarto que comparte con sus hijos, descansa una enorme carabina con mira telescÃ³pica, pero Cabeza tambiÃ©n la declara ineficiente. Los perros en cambio sÃ³ han sido exitosos con sus ataques. En GuazÃ© CuÃ© desapareciÃ³ el 75% de las ovejas y hubo que cambiarlas por vacunos, que son bastante mÃ¡s voluminosos y eso los pone a salvo de los ataques, pero no son tan resistentes a los frÃ³os extremos de la isla. Su Ãºltimo â??manotazo de ahogadoâ?•, seÃ±ala Cabeza, fue introducir una raza de perros desde Chile para custodiar a las pocas ovejas que le quedan. CrÃ³a perros para que enfrenten a los otros perros. Nos aproximamos a 500 metros de una majada y ya sentimos los ladridos de esos enormes canes custodios que se interponen entre nosotros y las ovejas.

Lucila Apolinaire, de 45 aÃ±os, es la presidenta de la AsociaciÃ³n Rural de Tierra del Fuego. Recuerda que era una adolescente todavÃ³a cuando, al volver de uno de sus primeros bailes una madrugada de invierno, tropezÃ³ con interminables manchas rojas de sangre sobre la blanca nieve que rodeaba la estancia donde su padre era mayordomo, como se conoce a los responsables de cada establecimiento. Eran los primeros ataques pero nadie reaccionÃ³ a tiempo. Los datos de la debacle ovina en el lado argentino ahora resultan escalofrÃ³nticos. SegÃºn cifras oficiales, en la Ãºltima dÃ©cada la poblaciÃ³n de ovinos se redujo de 700 mil a solo 280 mil animales, mientras a la par se fueron despoblando los territorios rurales. El gremio de trabajadores rurales confirma que la cantidad de personal empleado en el sector descendÃ³ de unas 800 personas a solo 254. TodavÃ³a ninguno de ellos sufriÃ³ un ataque, pero Lucila cree que solo es cuestiÃ³n de tiempo. â??Ese dÃ³a capaz alguien prestarÃ³ atenciÃ³n a nuestras quejasâ?•, ironiza.

No todas las ovejas que hoy faltan han caÃ³do bajo las fauces de los perros. Lo que ha sucedido aquÃ³ es que esa actividad productiva tan tradicional comenzÃ³ a tornarse inviable por el alto Ã³ndice de mortandad y entonces muchos productores comenzaron a desmoralizarse y achicar sus rodeos. Entre mayo de 2006 y febrero de 2008, cuando el fenÃ³meno de los perros comenzÃ³ a hacerse demasiado visible, un grupo de instituciones coordinadas por el Colegio de Veterinarios de la regiÃ³n consultÃ³ a los ganaderos y la conclusiÃ³n fue que en 74% de los campos se habÃ³a detectado la presencia de este tipo de jaurÃ³as. En ese lapso ademÃ³s se contabilizaban pÃ©rdidas por â??32.725 cabezas ovinas, 77.566 kilogramos de lana, 32 terneros y 2 novillosâ?•. A pesar del daÃ±o evidente, nadie en los gobiernos moviÃ³ un dedo. Ushuaia vive del turismo y la administraciÃ³n pÃºblica, RÃ³o Grande lo hace de la industria ensambladora y en Tolhuin han florecido los aserraderos de madera. Lo que suceda en el campo importa poco al resto de los habitantes de la isla.

La estancia de Sebastián Cabeza queda equidistante a unos 40 kilómetros entre Río Grande y Tolhuin, dos de las tres ciudades que expulsan perros hacia las zonas rurales. Ushuaia, que mira hacia el canal de Beagle, queda unos 100 kilómetros hacia el sur. Allí funciona el Centro Austral de Investigaciones Científicas, que depende del Conicet, el organismo tecnológico y científico del Estado argentino. Adrián Schiavini, un biólogo especializado en especies silvestres, fue quien ayudó al dueño de Guazú Cuá a instalar las únicas trampas que se le dieron resultado: diez cámaras fotográficas dispuestas a lo largo de unos 600 metros de alambrada, que en pocos días permitieron identificar a 43 perros diferentes merodeando en grupos por la zona. El científico nos muestra las imágenes pero aclara que no veremos nada más que un grupo de perros comunes husmeando detrás de un cerco. Efectivamente parecen perros ordinarios, más bien grandes, algo chuscos y atolondrados. Resultan un variopinto de razas y texturas, como aquellos que dice Annie que vio en su estancia. Son los perros salvajes del fin del mundo.

“Ese animal doméstico está volviendo a su estado silvestre por nuestro propio descuido”

Schiavini chupa un mate amargo mientras nos dice que la denominación correcta para referirse a ellos es la de “perros asilvestrados”. Luego nos explica que desde hace miles de años la humanidad viene trabajando para convertir a un animal salvaje en uno doméstico, pasar de lobo o coyote a simple perro. Y que lo que sucede ahora es una suerte de involución. “Ese animal doméstico está volviendo a su estado silvestre por nuestro propio descuido. Pero no es una nueva especie sino que es un animal que ha degenerado su comportamiento porque lo hemos dejado en un ámbito natural sin ningún tipo de supervisión humana”, dice el especialista. En ese regresar tan lento, estos perros se convierten en una suerte de “predadores ordinarios”: están en un medio salvaje y deberán cazar para sobrevivir, pero no saben cómo hacerlo porque el hombre les ha quitado ese chip. Entonces vagan, que eso sí saben hacer: socializan entre ellos y conforman pequeños clanes, y juegan, que es para eso lo que los hemos educado durante siglos.

“El comportamiento de estos animales es atacar cosas que se mueven, correrlas de manera instintiva. Como los perros corren a los autos en las ciudades, estos perros asilvestrados ven una oveja y la corren, porque se mueve. Eso genera cierta diversión y entretenimiento en el grupo y es lo que produce el daño masivo en ovejas”, describe Schiavini. Cabeza, el ganadero, acuñó otra frase para definir los ataques de estos canes: “Yo lo comparo con un acto de vandalismo”, sostiene.

El biólogo del Conicet calcula que actualmente en Tierra del Fuego existe una población de entre 600 a 1.000 de estos perros asilvestrados, que son los que directamente nacieron y se criaron en un entorno salvaje. Viven en madrigueras y se organizan en pequeñas jaurías. Han perdido todo vínculo con sus domesticadores, los hombres. Y si se cruzan con alguno, éstos intentan matarlos para vengar la masacre de las ovejas. A los que nacen en el medio natural ocasionalmente se suman los perros callejeros que salen de las ciudades y, por hambre o por pereza, no regresan a sus hogares.



Sebastián Cabeza y sus hijos, en la estancia Guzañ Cuñ. Fotografía: Santiago Suárez.



Imagen de perros salvajes captada por una cámara trampa. Cortesía: Adrian Schiavini.



[Imagen de perros salvajes captada por una cámara trampa. Cortesía: Adrian Schiavini.](#)



[El biólogo Adrián Schiavini, en sus oficinas del Conicet en Ushuaia. Fotografía: Santiago Suárez](#)

La presencia de los perros salvajes se concentra sobre todo en una zona de la isla denominada Ecotono. El paisaje es inquietantemente hermoso, aunque nadie en su sano juicio decidiría quedarse allí solo a pasar la noche. Este ambiente fueguino surge de la transición entre la extensa estepa patagónica y los arrogantes picos nevados que constituyen el principio de la Cordillera de los Andes. Es un pedemonte de árboles más bien bajos llenos de líquenes de colores grisáceos y ramas retorcidas semejantes a los que describió Jack London en su clásica obra *Colmillo Blanco*. Aquel escenario del libro quedaba en Yukón, Alaska, y la historia relataba cómo un lobo salvaje podía llegar a ser domesticado por el hombre de modo paulatino. Aquí, en el otro extremo del mundo, sucede lo contrario: son los perros domésticos los que se están volviendo salvajes. En este Ecotono hacen sus madrigueras. Dentro de este bosque resulta casi imposible perseguirlos y darles caza.

Los ataques más masivos ocurren en primavera o verano, cuando las jaurías de canes suelen tener mayor movilidad y las grandes majadas se mueven hacia las estancias. Cuando todo se cubre de nieve y entra en letargo, los perros solo sobreviven alimentándose de lo que encuentran en el bosque.

“El perro es un animal muy generalista y capaz de comer muchas cosas, desde fruta hasta animales de granja, pasando por huevos o pichones de aves”

En la isla hay una población cercana a los 30 mil guanacos, una variedad de camélidos americanos. También mueren de a decenas cuando se cruzan con los perros asilvestrados. En estado salvaje, estos perros matan mucho más de lo que necesitan para alimentarse: casi todas sus presas quedan desparramadas, una mesa servida para chimangos y otras aves de rapiña. “El perro es un animal muy generalista y capaz de comer muchas cosas, desde fruta hasta animales de granja, pasando por huevos o pichones de aves. Por eso su capacidad de alterar el sistema biológico es muy fuerte”, advierte el biólogo Schiavini, que también achaca a esta especie invasora los trastornos que están sufriendo las poblaciones de patos, cauqueses, mandurrias, zorros colorados y otros animales silvestres que anidan en el suelo. A veces porque sienten hambre, pero generalmente por sus ganas de jugar a los mordiscos, los perros salvajes siempre terminan matando a otras especies.

Varios productores nos dijeron que hasta los pingüinos, las aves más características de la región patagónica, habían sido víctimas de este tipo de jaurías. Cruzando el estrecho de Magallanes hacia territorio de Chile, en proximidades a Punta Arenas, existió durante muchas décadas una enorme reserva de pingüinos llamada Seno Otway. “Cerrado, closed”, decía un cartel ubicado al costado de una puerta de hierro que impedía el acceso a ese lugar. Un lugar a donde nos contó que ya no había nada que mostrar pues los pingüinos migraron en busca de tranquilidad. Otro caso parecido sucedió en la provincia argentina de Santa Cruz, vecina a la isla. En noviembre de 2016, en la reserva Provincial Río Deseado, aparecieron 370 pingüinos muertos y los guardaparques acusaron de inmediato a los perros.

Nada más que burocráticas y costosas oficinas aduaneras separan a Argentina de Chile dentro de la isla. Gendarmes de un lado, Carabineros del otro, todos ellos ponen mala cara en su búsqueda de algún contrabando de zapatillas o electrodomésticos que justifique su trabajo. Para poder pasar por

allÃ con un perro domÃ©stico hay que cumplir una serie de trÃ¡mites ante las autoridades sanitarias, que no siempre resultan sencillos. Los perros salvajes, en cambio, circulan libremente de un lado a otro de la frontera. Cuando dejÃbamos territorio argentino e ingresamos a Chile, tenÃamos cierto sinsabor, porque todas nuestras fuentes habÃan descrito a los asilvestrados pero finalmente no habÃamos podido ver a ninguno. De pronto, en un solitario camino de tierra, se nos aparecieron dos perros, uno de pelaje amarillento y el otro decididamente negro. Frenamos nosotros y el vehÃculo y tambiÃ©n frenaron ellos; nos escrutamos mutuamente como para saber quiÃ©n estaba del otro lado. Luego de largos segundos, el que parecÃa ser el lÃder comenzÃ a correr a campo traviesa y el otro siguiÃ sus pasos. No habÃa rastros de hombres a varias decenas de kilÃ³metros a la redonda.

En los Ãºltimos meses, los productores chilenos han comenzado a denunciar ataques esporÃdicos de los perros a sus majadas. Ellos llaman "piÃ±os" a esos agrupamientos de ovinos. Y a los callejeros los denominan "perros vagos".

En la estancia Florida tambiÃ©n nos reciben los vapores de una cocina adornada con flores, una buena costumbre de los veranos, y una tarta de frambuesa. RenÃ© Milicevic es descendiente de las familias croatas que desembarcaron en el sur de Chile a principios del siglo XX en busca de oro y luego no tuvieron mÃ¡s remedio que dedicarse a la producciÃ³n ovina. Su casa queda frente a BahÃa InÃºtil, mÃ¡s cerca de la Argentina que de la ciudad de Porvenir, el Ãºnico centro poblado en territorio chileno de Tierra del Fuego. âLos perros se mueven en un rango enorme de distancia. Hoy pueden estar acÃ¡, maÃ±ana a unos 50 kilÃ³metros al sur. Son muy difÃciles de controlar justamente por esoâ, explica el ganadero, que ya tiene en la zona este de su campo una jaurÃa de varios perros que, segÃºn cree, ingresÃ desde el paÃs vecino.



[Fotos de ataques a ovejas del lado argentino. CortesÃa: Lucila Apolinaire.](#)



Fotos de ataques a ovejas del lado argentino. CortesÃa: Lucila Apolinaire.



Fotos de ataques a ovejas del lado argentino. CortesÃa: Lucila Apolinaire.



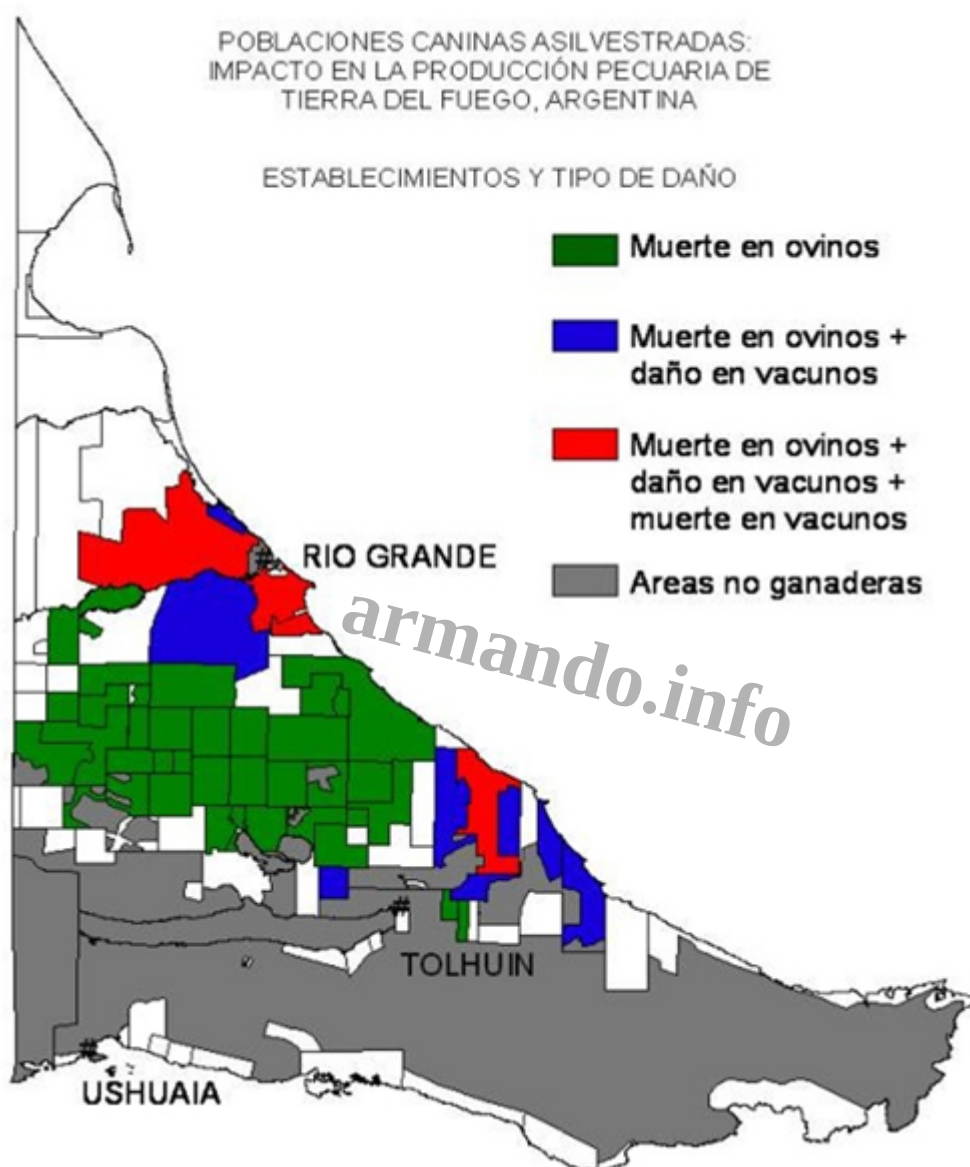
[Perros salvajes en un camino rural de Chile. Fotografía: Santiago Suárez.](#)



[Patos silvestres cerca de Ushuaia. Las aves también son víctimas de los perros. Fotografía: Santiago Suárez.](#)



Más de 350 pingüinos fueron encontrados muertos en una reserva argentina. Cortesía: La Opinión Austral.



[Mapa de zonas afectadas entre 2006 y 2008 en el lado argentino. Colegio de Veterinarios de Tierra del Fuego.](#)



Ren  Milicevic, productor chileno de la estancia La Florida. Fotografía: Santiago Suárez.



Pi o de ovejas en Chile, con rastros de haber padecido un ataque. Cortes a: Rodrigo Filipic.



[Piñón de ovejas en Chile, con rastros de haber padecido un ataque. Cortesía: Rodrigo Filipic.](#)



[Piñón de ovejas en Chile, con rastros de haber padecido un ataque. Cortesía: Rodrigo Filipic](#)

“Antes teníamos ataques solo cerca de Porvenir, pero ahora el problema es que se nos están viniendo todos los perros del lado argentino”, confirma Rodrigo Filipic, otro nieto de croatas que preside la chilena Asociación de Ganaderos de Tierra del Fuego. Él mismo conserva en su celular

varias imágenes y videos que filmé luego de un ataque a sus ovejas. ¿Estábamos bajando los animales de los campos de invierno a los de verano y los manteníamos en un corral de aguante. Entró un perro grande que atacó frontalmente a muchas ovejas, y de un mordisco les quebraba la mandíbula en dos mitades. Perdimos 60 ovejas en unas horas nomás*, nos cuenta. Filipic se enterneció especialmente con las imágenes de una oveja que sobrevivió al ataque, pero apenas podía respirar.

Al perro que provocó daño semejante no lo pudieron encontrar, aunque había un sospechoso: sus vecinos habían visto merodeando esos días por la zona a un imponente mastín Dogo Argentino. Esa es la única raza canina originaria de ese país, creada por el médico Antonio Norez Martínez en los años veinte. Son animales de gran alzada y mandíbula de hierro, que fueron diseñados para cazar presas grandes como pumas, ciervos y jabalíes. ¿Cómo llegó ese perro a la Isla Grande es un misterio y tampoco se sabe por qué andaba suelto y merodeando por los campos. Sé sabemos que una oveja tiene muy pocas chances de sobrevivir si se lo llegara a encontrar vagando por los territorios más australes de este mundo.

* El próximo martes 25 julio de 2017, podrás leer la segunda entrega de esta serie de reportajes: Los perros salvajes del fin del mundo, titulada: "El hombre tendrá que morder al perro."

Fecha de creación
2017/07/20